El genio Tony

Kevin Barrantes

El genio Tony

Kevin Barrantes

Avant
editorial

Primera edición, marzo de 2026
© Kevin Barrantes, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87805-96-8
THEMA: FBA-FXM-FXL-FXT
DEPÓSITO LEGAL: M-82792026

Para aquellos que descubrieron
su manera de pensar...
Felicidades.

La literatura es esencialmente soledad. Se escribe en soledad, se lee en soledad y, pese a todo, el acto de la lectura permite una comunicación entre dos seres humanos.

Paul Auster

PRIMERA PARTE

EL ORIGEN DE UN TALENTO

1

Sueño eterno

1

—¡Tony! ¿Dónde estás, cariño? —pregunta Elizabeth.

Ella sabe que su hijo esconde sus cosas. Tony es un niño muy curioso de diez años de edad. Le gusta interpretar el mundo que lo rodea, y a veces toma las cosas que le llaman la atención. Su delgado cuerpo le permite ser bastante ágil, su piel marrón claro heredado por su madre y sus ojos con un leve teñido verde por su padre le hacen notar un cuerpo lucido. Además, es un crío con muchas energías y posee un virtuosismo que algún día lo demostrará.

—¡Demonios, Tony! Sale de una buena vez —le advierte—. Si no sales a la cuenta de tres, te daré una buena tunda.

Tony está escondido dentro del armario. Considera que la mejor opción es acatar lo que dice su madre. Por tanto, sale del escondite, se acerca a su madre de forma taciturna y se para detrás de ella con una leve sonrisa:

—Aquí, mami, atrás de ti.

Al ver el rostro de su hijo, tan tierno e inocente, Elizabeth se tranquiliza y reflexiona la situación.

—Hijo, por favor, devuélveme lo que es mío.

Él la mira a los ojos y le devuelve el objeto que había tomado sin su permiso, sintiéndose intrigado por ese elemento que tanto anhela su madre.

—Mamá... ¿Qué haces con esa jeringa?

Elizabeth se pone nerviosa. No sabe qué responder.

—¡Esto es para adultos, Tony! No seas entrometido —le dice muy alterada—. ¿Acaso yo tomo tus estúpidos juguetes? ¡Pues no! Así que, por favor, no te metas en mis asuntos.

Su hijo se asusta un poco por su reacción. En el fondo de su corazón, Elizabeth se siente culpable por todo esto, ya que Tony la había visto tumbada como una moribunda en el sofá hace algunos meses; en el cual llevaba consigo una jeringa.

Elizabeth trata de sobreponerse, y le dice:

—Hijo, tú sabes que estoy pasando una situación muy complicada. Sé que algún día lo entenderás, pero ahora solo quiero que te vayas a acostar, que ya son casi las diez de la noche.

Tony entiende el mensaje, así que obedece sin argüir.

—Sí, mami, como quieras. ¿Pero me puedes leer un cuento?

—Claro, hijo. ¿Cuál quieres que te lea?

Los mejores momentos de Elizabeth han desaparecido por causa de una severa depresión, y que fue acumulándose dolorosamente a través del tiempo. Su cuerpo refleja una pobre salud, como física y psicológicamente. No come ni duerme bien, de manera que ha sufrido una pérdida de peso considerable, y padece de dolores de cabeza y su higiene es irregular.

Elizabeth tuvo a Tony a los veinte años y se casó a los veintiuno con Liam Stevens, su difunto esposo. Liam era militar y tenía una propiedad en Montana donde ansiosamente iban a vivir después de que acabara la guerra en Irak. Pero, por desgracia, él murió en batalla y Elizabeth quedó destrozada por la terrible noticia. Con lo cual, sigue viviendo en su apartamento con su hijo, en Mott Haven, Bronx.

De a poco, Elizabeth se fue introduciendo a las bebidas espirituosas, pensando cómo sería su vida si todo hubiera salido según sus planes. En una tarde, estando ebria, iba en camino a recoger a Tony a la escuela. Y mientras caminaba, con sus pensamientos apartados de la realidad, cruzó imprudentemente la calle y un vehículo frenó a destiempo, provocándole un encontronazo violento.

A Elizabeth la llevaron al hospital más cercano. Luego de cuatro horas, sus ojos empezaron a abrirse: lo primero que vio fue a sus padres y a Tony. Se sintió apenada y avergonzada de lo sucedido. Mientras estaba bajo los efectos de la morfina, el médico le dijo que había sufrido un fuerte golpe en la cabeza y que su espalda estaba fracturada.

Por lo que permaneció dos meses en la cama geriátrica. Sus dolores de espalda eran muy intensos. Cuando la dieron de alta, el médico le recetó medicamentos para el dolor; sin embargo, al pasar los días, aún sentía dolores insoportables. Llegó a recordar los efectos deleitosos que le producía la morfina. «La morfina sí que es otra cosa», se dijo así misma.

2

Después de veinticinco minutos de lectura, Tony comienza a cerrar sus pequeños y delicados ojos. A Elizabeth también le está dando sueño, así que decide acurrucarse junto a su hijo. Lo besa en la frente y lo abraza.

Pero, apenas cerrando los ojos, el teléfono suena forzudamente y le provoca a Elizabeth un gran fastidio. Se levanta de la cama, maldiciendo al desgraciado que está detrás de la llamada.

—¿Quién diablos será a esta hora? Son casi las diez y treinta de la noche.

Hace tres meses que no la llaman los días de semana, y esta noche de martes sospecha algo inusual.

Contesta el teléfono:

—¿Aló?, ¿quién es?

—¿Qué tal, preciosa? ¿Cómo estás?

—Mmm... ¿Jack, eres tú?

Jack salía con ella hace algunos meses para satisfacer sus pretensiones. Cuando Elizabeth quiso dejar las malas usanzas, dejó de juntarse con él y justamente ahora recuerda aquellos momentos de vicio.

—Claro que soy yo. ¡Tu galán, nena!

—No me llames así, imbécil.

—Está bien, pero no te alteres, no es para tanto.

—Entonces, dime qué demonios quieres, Jack.

—Bueno, iré directo al grano: tengo algo que te llevará al paraíso —dice Jack con una sonrisa—. ¿Quieres venir a mi apartamento?

Elizabeth deduce las intenciones de Jack: él no solamente quiere acostarse con ella, sino también desea compartir su vicio. Empieza a sentir comezón en su brazo izquierdo y algo de sequedad en la boca. Pero se mantiene fuerte con respecto a no incidir en su perdición, y asimismo tiene la responsabilidad de cuidar a su hijo.

—No puedo ir, Jack. Tengo que cuidar a Tony.

—Te entiendo, Elizabeth. Pero puedo ir a tu apartamento. Llegaría en treinta minutos, ¿te parece?

—¡No insistas, Jack! —dice Elizabeth molestamente—. Tomé la decisión de dejarlo y tú también deberías dejar tu maldito vicio.

—Lo sé, lo sé, pero es la última vez, créeme. Lo único que quiero es estar contigo y pasar un buen rato.

Los designios de Jack son muy relevantes. De igual manera, Elizabeth quiere el último pinchazo en su débil y herido brazo: los deseos más sugestivos vuelven a apoderarse de su mente, una sensación que le es inevitable de sentir. En consecuencia, no logra controlar su reconcomio y se entrega al destino de su penosa y maldita vida.

—Está bien, Jack, tú ganas —se expresa de manera endeble—. Pero quiero hacer esto solo por un rato y será la última vez que lo haga, ¿entendiste?

—De acuerdo, querida. Será la última y la mejor que habrás probado en toda tu vida.

—En fin, ven pronto, no quiero esperar mucho...

—Voy enseguida, llego en treinta minutos —afirma Jack.

—Sí, me parece bien —dice ella y cuelga el teléfono inmediatamente.

Jack se pone jubiloso y, a la vez, excitado por ver a Elizabeth.

Se acicala rápidamente y parte a su compromiso.

3

Antes de los atentados y sucesos que llevaron a Elizabeth al abismo más profundo, ella era una mujer con un cuerpo exuberante, cualidades que a cualquier hombre le llamaría la atención: cadera delgada, piernas y glúteos pronunciados, senos pequeños y firmes, y con su cabello crespo hacía relucir una sensualidad poco habitual al caminar.

Elizabeth nació en San Juan, Puerto Rico, y a los trece años viajó con su familia a los Estados Unidos, con el propósito de llevar a cabo el sueño americano. Le fue difícil afrontar el primer año, sobre todo en la escuela; sin embargo, de a poco se acostumbraba a su nuevo hogar y mejoraba su inglés. Del mismo modo, su familia se adaptaba progresivamente y ella se sentía más a gusto a cada mes.

Al terminar su vida escolar, Elizabeth empezó a estudiar gastronomía y su sueño era tener su propio restaurante. A su vez, trabajó de cocinera en varios restaurantes de la ciudad, ahorrando todo el dinero posible para invertirlo en su futuro restaurante. Incluso ya estaba viviendo en su modesto apartamento en Mott Haven.

Al estallar la guerra en Irak, Elizabeth y Liam ya se habían casado y Tony había cumplido los tres años de edad. Liam partió dos días después hacia Medio Oriente. Le prometió a Elizabeth que, cuando terminara la guerra, se irían a vivir a Montana y le ayudaría a conseguir su codiciable restaurante.

Sin embargo, luego de tres años de continua guerra, Elizabeth recibió la peor noticia de su vida tras la llegada de un mensajero que tocó la puerta. Dos años después de la muerte de Liam, la vida de Elizabeth comenzaba a derrumbarse tristemente, y lo único que la mantenía con ganas de vivir era su hijo.

4

—Tengo tiempo de sobra antes de verme con Elizabeth —dice Jack y estaciona el vehículo—. No tardaré mucho tiempo.

Jack cobrará una deuda de hace tres semanas: abre la guantera y saca un revólver del 38.

Se dirige a su cometido, vigilando a su alrededor.

El timbre suena.

—¿Quién es?

—Hola, Bob. Soy yo, Jack. Te traje las entradas para el partido de mañana.

Bob le abre la puerta.

—Estupendo, de seguro Los Yankees ganan mañana. ¿Cómo estás, Jack?

Jack ingresa al apartamento.

—Viendo este asqueroso lugar, no me quejo, aunque sé que alguien me debe mil dólares. —Jack se molesta—. Ya estoy harto de venir a esta ratonera, ¿me entiendes?

—Lo siento, Jack —dice Bob, retraído—. Pero si Los Yankees ganan mañana, te lo pagaré con intereses. Así que ya no te preocupes.

—Sí, sí, está bien. Mira, ahora tengo mi cabeza en otra parte, por eso te esperaré hasta mañana —miente Jack—. ¿Tienes cerveza? Me muero de sed.

—Sí, tengo algunas latas. Espera aquí, iré a por ellas.

Bob llega a la cocina, pero, antes de sacar las cervezas de la nevera, Jack le pega dos tiros con el revólver: uno en la cabeza y otro en la nuca, dejando un salpicado de sangre y de sesos.

—¡Carajo, te lo merecías! —se manifiesta Jack y emprende a buscar avivadamente el dinero que le debía Bob—. ¿Dónde mierda escondiste la pasta, maldito vago?

Registra toda la residencia: la cocina, la sala de estar, el comedor, y revisa los pocos muebles que hay. Jack ya sabía que Bob era un mentiroso y un adicto a las apuestas. Sigue buscando, y arrojando varias cosas al suelo, una maleta se abre y el dinero cae a sus pies.

—¡Bingo! Lo encontré. —Jack comprende que Bob tenía planeado escaparse después del juego de Los Yankees—. ¡Ah, así que te ibas a ir con mi dinero! Qué hijo de puta fuiste, Bob. Ya dabas lástima...

En fin, Jack toma el dinero y las cervezas que están en la nevera, y sale de allí apresuradamente.

5

De descendencia irlandesa, Jack es un tipo alto, delgado y vigoroso. Su mirada refleja una señal de suspicacia y desdén. Fue boxeador en su juventud, mayormente peleaba en combates clandestinos por dinero, que eran sus únicos ingresos. Hasta que se lesionó gravemente la muñeca derecha, y su carrera como pugilista había terminado.

Pero teniendo una mentalidad fuerte y maliciosa, Jack trataba de sobrevivir de cualquier modo. Se metió en las apuestas y obtuvo un trabajo como cobrador de deudas para una mafia, que controlaba ciertas calles de la ciudad.

Conoció a Elizabeth en los bares que él frecuentaba; en los ghettos del Bronx. Al verla por primera vez, Jack percibió en ella una melancolía que lo cautivó, respetó su soledad y siguió observándola discretamente. En la segunda oportunidad, no pudo resistirse a su tentación y se presentó cortésmente frente a Elizabeth. Para empezar, hablaron resumidamente sobre sus vidas e intereses. Jack se enteró del mal momento que estaba pasando Elizabeth, y para animarla de alguna manera, se atrevía a cortejarla.

A medida que pasaba la longevidad de la noche, Jack le propuso ir a otro sitio para que se sintiera más distraída. Elizabeth no quería ser descortés, pero se sentía más cómoda estando sola. Pero Jack siguió insistiendo, diciéndole que la cuidaría y que él pagaría el licor. Ella lo volvió a pensar: «De todos modos, mañana es domingo y Tony se encuentra con sus abuelos».

—Está bien, vamos —aceptó Elizabeth.

Jack la llevó a un sitio inusual y exótico: había camareras muy sensuales, gente bailando y bebiendo alcohol, mujeres besándose y tocándose al mismo tiempo, y algunos tipos acaudalados consumían cocaína. Y a pesar del ambiente lascivo, a Elizabeth no le afectó.

Mientras que Jack esnifaba una *línea de nieve*, Elizabeth bebía tímidamente un vaso de *whisky*. En la segunda ronda, Jack fue a la barra a pedir dos vasos de *whisky* y, antes de regresar a la mesa, puso en uno de los vasos un comprimido de éxtasis: quería que Elizabeth se relajara por un buen rato.

Los efectos del éxtasis surgieron una hora después. Elizabeth tenía sus pupilas dilatadas, su cuerpo se calentó y sudaba, se sentía como si hubiera una enorme distorsión en su cuerpo y mente. Los cambios visuales, al igual que los extremos cambios de humor, eran como un extraño viaje de terror, un viaje en el que sintió que no tenía control de su propia consciencia.

Elizabeth empezaba a bailar por inercia. No estaba segura de con quién estaba bailando: con Jack o con otro tipo. Y dentro de su *ser* estaba disfrutando del momento, todo su dolor y sufrimiento se esfumaron por una noche.

Elizabeth se despertó en un sofá que no era el suyo, sus sentidos estaban reviviendo y la resaca agobiaba su cráneo. Nunca antes había salido de

jaleo de esa forma tan abrumadora. Al darse cuenta de que estaba en otro apartamento, se preguntó a sí misma: «¿Qué carajo pasó anoche?».

Levantándose del sofá, encontró una hoja de papel sobre la mesa de centro. Jack le había dejado una nota diciendo:

«La pasé muy bien contigo anoche, creo que ya puedes imaginarte lo que te puse en el vaso. Lo siento, pero solo quería que te sintieras mejor. Yo tuve que salir a atender algunos asuntos. Te dejé algo de dinero al lado de la tele por las molestias. En fin, espero verte de nuevo. Te dejo mi número de teléfono por si quieres llamarme: 126-4687. Pdta. Hay comida en la cocina, sírvete lo que quieras».

Elizabeth se airó al saber que el vaso estaba emponzoñado y, a la vez, se sintió sorprendida por el comportamiento de Jack: él la cuidó, la acogió en su apartamento y no se aprovechó de ella.

Días después, Elizabeth aún sufría de los terribles dolores de espalda. Por consiguiente, evocó lo bien que se sintió cuando estaba bajo los efectos de la sustancia desconocida que Jack le puso en el vaso. Así que llamó a Jack para confesarle su dificultad. Sin embargo, él le dijo que tenía otro estimulante totalmente diferente al éxtasis, pero que aliviaba muy bien el dolor, mucho mejor que la morfina: la heroína. Y Elizabeth, intrigada, fue ingenuamente a su apartamento.

Poco a poco, Elizabeth se internaba en las insanias de Jack, aunque él solo consumía cocaína y la acompañaba a su apremio. Los pinchazos en sus brazos eran cada vez más seguidos y, a menudo, se acostaba con Jack, sin darse cuenta de que su vida empezaba a caer en lo más oscuro.

6

Elizabeth oye sonar el timbre; sabe perfectamente quién es.

—Elizabeth, soy Jack —le habla por el intercomunicador de voz—. Voy a subir.

—De acuerdo, sube.

Jack sube por el ascensor.

Se fija que la puerta está entreabierta; supone que Elizabeth lo dejó así.

—¡Ya llegó *papi*! —Jack cierra la puerta.

—Estúpido, baja la puta voz. —Elizabeth se disgusta—. Tony está durmiendo.

—Lo siento, linda, me entusiasmé. Pero mira, ya estoy aquí, pongámonos cómodos. Traje cervezas.

—Ya cierra el pico y hagamos esto de una buena vez —dice decididamente.

—Está bien, tranquila —le dice Jack con una mueca en su rostro—. Me gusta tu actitud.

—Ya basta, no me molestes. Deja la dosis en la mesilla, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, tú mandas. —Jack obedece y luego se sienta en una banqueta.

—¿Se te antoja una birra? —le ofrece amablemente.

—Sí, Jack, pero para después.

—Como quieras, preciosa. Oye, voy a usar tu baño, enseguida vuelvo.

—Vale, pero al terminar jala la maldita cadena, tienes esa mala costumbre de no jalar de ella.

—Ya deja de reprocharme, Elizabeth —dice Jack enojoso—. Preocúpate de tus asuntos.

Elizabeth ya tenía todas sus cosas preparadas en la mesilla: su jeringa, un vaso de agua mezclado con vinagre, una cucharilla y un pequeño cordel.

En cuanto Jack sale del baño, regresa a su lugar y empieza a armar una línea de coca.

—Te extrañé mucho, Elizabeth —le declara.

Ella se pone un poco embarazosa.

—Por favor, Jack, no te pongas romántico.

—Ja, ja, ja —ríe él—. Está bien, después nos preocupamos de nosotros.

Elizabeth asiente de buena manera.

—Jack, por favor, préstame tu chisquero.

—Claro, toma. Es un Zippo Sterling, mi favorito.

—Sí, sí, muy bonito —se expresa ella de manera altruista.

Mientras que Jack aspira una *línea de nieve*, Elizabeth se prepara su «ingrediente»: con la cucharilla saca un poco de agua con vinagre; posteriormente, coloca la dosis en el seno de la cucharilla, y luego la disuelve calentando la base con el chisquero.

Asentando el seno de la cucharilla en la mesilla, Elizabeth succiona la sustancia con la jeringa y la agita con suavidad. Se aprieta su delgado bíceps con el cordel, con el fin de detener el fluido sanguíneo del brazo y, de este modo, facilitar la localización de la vena.

Una lágrima se desliza por una de sus mejillas, viendo cómo su mundo se desvanece lentamente, tan lento como una hoja de papel que cae del cielo. Sin más que hacer, Elizabeth presiona delicadamente el émbolo de la jeringa: el *diablo* entra en su organismo de una manera lacerante. En pocos segundos todos sus problemas desaparecen satisfactoriamente. La sensación de placer es intensa, su estado de sedación total y euforia se refleja en su rostro indolente.

7

Jack destapa su segunda cerveza, mientras le cuenta a Elizabeth anécdotas que le habían sucedido en el período en el que se dejaron de ver. Ella solo asiente vagamente, escucha simples murmullos como si un espectro le estuviera hablando.

—¿Qué tal, querida?... cómo se siente estar en el cielo, ¿eh?

—Está súper, Jack, ¿dónde lo conseguiste? —articula con una voz muy débil.

—Tengo mis contactos actualizados —asevera Jack, seguro de su adquisición—. Tiene un sesenta por ciento de pureza, así que es de muy buena calidad.

—Entiendo, tienes un buen proveedor.

—Así es, Elizabeth —afirma con una leve sonrisa—. Y también me proporciona mi ración de cocaína.

A Jack nunca le falta cocaína, lo consume constantemente para estar activo en sus quehaceres.

Elizabeth lleva lentamente su cerveza a su boca: todo prosigue pausado y la cerveza fría le da un toque especial a su ambiente de complacencia.

—¿Estás segura de dejar esto, Elizabeth? —pregunta Jack con seriedad.

—Sí, lo debo hacer por mí y por Tony. —Elizabeth habla muy despacio y con los ojos cerrados, gozando de su placer—. Además, lo había dejado por un tiempo cuando nos dejamos de ver, ¿no?

—Tienes razón, Elizabeth. Se nota que tienes fuerza de voluntad.

—Si lo dejé por un tiempo, puedo dejarlo para siempre.

Sin embargo, Jack duda de ella y se siente culpable por la adicción de su amiga. La pena y el remordimiento se mezclan en su corazón. Ahora, simplemente desea acompañarla en su menoscabo.

—Me encanta esta cerveza, tomaré otra —comenta Elizabeth, abriendo un poco los ojos con gran esfuerzo.

El tiempo pasa desapercibido y Jack mira seductoramente a Elizabeth. Su fuego interior se activa al desearla en la cama. Hace semanas que no copula y cree que ella podría consentirle ese capricho. Por eso sigue cortejándola; poco a poco le da resultado.

A pesar de su mente laxada, Elizabeth se percata de las voliciones de Jack y le sigue el juego. Ella se deja llevar, apoyando la cabeza en su busto. De repente, sin pensarlo, Jack la besa con delicadeza, tocando su cuerpo. Extrañamente, el deseo sexual inhibido que padece Elizabeth desaparece con rapidez. Se unen mediante besos y acaricias. Hasta que Jack la toma en brazos y la lleva al dormitorio. La cachondez se apodera de ellos.

Jack le quita la braga besando sus muslos. Elizabeth separa sus piernas y le permite entrar. Jadea cuando Jack bambolea sus caderas y, deseosa de más, estira sus brazos y le agarra las nalgas, arqueando de placer.

8

Jack se levanta de la cama en calzoncillos, saca un Marlboro de la cajetilla y lo prende. Le encanta fumar un cigarrillo después del sexo.

Después de algunas horas, Elizabeth despierta.

—Jack, ¿me puedes traer mis cosas, por favor?

—Cómo no, linda.

Sus ganas de estar acostada son elefantiásicas. Pero de todos modos, Elizabeth se apoya en la cabecera de la cama y mira hacia el techo pensando de qué forma la noche terminará para ella.

El irresistible deseo de su imperfección vuelve a renacer. No le queda otra opción más que entregarse a su contingencia.

Jack deja los enseres de Elizabeth sobre la cama, y le entrega una cerveza.

—Gracias, Jack. ¿Me puedes hacer otro favor?

—Sí, lo que quieras.

Elizabeth desea mandarse el último *viaje* antes de que termine la noche, y será la última vez que lo hará. Su decisión es definitiva, ya que no encuentra otra salida más que dejarlo por la fuerza, y está dispuesta a sufrir nuevamente los dolorosos momentos de la abstinencia.

—¿Me podrías dar un poco más? Será mi última vez —dice Elizabeth con cara de desconsuelo.

—¿Estás segura? Porque ya probaste suficiente.

—Sí, ya lo sé, pero será mi despedida definitiva.

—Mmm... —duda Jack. Luego añade—: Está bien, Elizabeth. Si así lo quieres, así será.

Ella sonríe y le dice:

—¿Podrías prepararlo por mí?

—Creo que estás abusando de mi generosidad, Elizabeth.

—Ja, ja, ja —ríe ella—. Bueno, puede ser. Pero no te molestes, solo es un favor.

—No me molesté en absoluto —asegura—. Creo que eres la única persona con la que no me molesta ser gentil, Elizabeth. Haré esto por ti, ¿vale?

—Gracias, Jack, te lo agradezco de todo corazón —le gratifica con sinceridad.

Al terminarse el cigarrillo, Jack empieza a prepararle la *medicina* sin estar seguro de la cantidad. Elizabeth lo observa obsesivamente: sus ojos están fijos como si estuviera poseída por un hipnotizador, deseando estar otra vez eufórica.

Cada vez que Elizabeth se inyectaba, Jack siempre estaba a su lado como si fuera un guardaespaldas personal. Se daban cuenta de que compartían un extraño lazo de amistad. Hablaban de muchas cosas divertidas, aunque a veces discutían beocios problemas.

A Elizabeth no le interesa a lo que se dedique Jack, lo único que le importa es lo que él ofrece. Al fin y al cabo, quiere a alguien a su lado en los momentos de grima. Asimismo, Jack la respeta y la considera como una

amiga íntima. No obstante, no se ha enamorado de ella, simplemente se califica como un amigo protector y con derechos.

Con la jeringa lista, Jack le vuelve a preguntar:

—¿Estás segura de hacer esto, Elizabeth?

—Desde luego, Jack. ¿Qué te sucede? —dice mirándolo fijamente—. Te veo algo preocupado.

—No, nada, tranquila. Solo pensaba que ya era suficiente...

—Yo también creo que fue suficiente, Jack, pero será mi último capricho.

—De acuerdo, linda. Entonces, disfruta de tu último pinchazo.

—Por supuesto; además, esta vez no me la cobraste. —Elizabeth se ríe jocosamente.

—Considéralo como un regalo de bienvenida.

—Te lo agradezco, Jack.

—Bueno, ahora dame tu brazo. Lo haré suave.

—Aguarda un segundo, me acabaré mi cerveza de un sorbo.

A continuación, Jack asienta la jeringa en el débil brazo de Elizabeth. Y misteriosamente, observando sus senos, percibe una rara sensación de inquietud.

Al fin y al cabo, presiona delicadamente el émbolo de la jeringa. El suero tóxico entra finamente por la vena, mezclándose con la sangre de forma casi instantánea. En efecto, Elizabeth siente una sensación de euforia más fuerte que la primera inyección. Sus ojos reflejan su placer y habla con sus propios pensamientos.

—Eh, ¿cómo te sientes?

Elizabeth no responde, solo tiene fuerzas para emitir murmullos: su mente está débil y pausada. Una vez más, su mundo progresa lentamente. «¡Estoy de maravilla!», piensa y sonríe.

—Estás muy tocada, querida —dice Jack, destapando otra cerveza—. Disfruta el momento...

Jack se sienta a su lado y bebe su cerveza calmadamente como si estuviera de vacaciones en la playa. Piensa qué haría el día de mañana: considera quedarse con su amiga para recuperar el tiempo perdido, pero ese detalle depende de ella.

Elizabeth duerme sentada, su rostro manifiesta una dulce tranquilidad y respira pausadamente. Al acabarse la cerveza, Jack la acuesta y la cobija con el cubrecama.

Finalmente, él cierra los ojos e intenta dormir.